Los tesoros de Medina-Sidonia

[A la sombra de la muerte]

los tesoros de medina sidonia_AF_300114.pdf 27 4/02/2014 10:41:06

los tesoros de medina sidonia_AF_300114.pdf 28 4/02/2014 10:41:06

Sabemos poco de nosotros mismos. Las fuerzas que mueven nuestro ser más íntimo suelen ser de una naturaleza muy diferente a las razones con las que justificamos nuestras acciones.

¿Acaso he sabido yo alguna vez por qué abandoné mi habitación de estudiante en octubre de 1936 para participar en la defensa de Madrid? ¿Qué era España para mí sino una ilusión alimentada por los ojos oscuros de una hermosa muchacha española? ¿O por la música o la pintura españolas?

Desde el momento en que subí al tren, sentí como si me hubiera apeado de la realidad. A partir de entonces cualquier cosa me pareció posible. Cuando mi destino tomó un rumbo del todo imprevisto, seguí los acontecimientos como quien persigue una quimera. Fue como si me adentrara en un mundo en que el milagro era regla.

Referiré los acontecimientos tal como llegaron a mí. Se entrecruzan en este relato dos épocas y dos modos de existencia. Entre el presente y el pasado, lo visible y lo invisible, existe una línea divisoria menos clara de lo que solemos imaginar.

Quizá sea por esta razón que entendemos tan poco de la vida y de nosotros mismos.

los tesoros de medina sidonia_AF_300114.pdf 29 4/02/2014 10:41:06

CAPÍTULO I

España, la huida en el sueño

—Deje las maletas ahí. Las desharé más tarde.

Mientras pronunciaba esas palabras supe que no las desharía. ¿Lo sospechó mi patrona? Esa mujer alta y flaca, de cabello rubio y lacio, que siempre se sentaba de forma desgarbada, me lanzó una mirada incrédula. Sus ojillos azules y acuosos parecían recriminarme: dices que sí, pero va a ser que no. Apoyada contra el quicio de la puerta me preguntó:

—¿Se queda a cenar el señor?

¡Cenar! Volví a ver ante mí las fuentes con tapa en las que servía la comida, viejas y deterioradas. A una le faltaba el tirador, la otra tenía el borde desportillado. Los platos pertenecían a otra vajilla. La salsera estaba agrietada. Cuando ponía la mesa, la patrona tenía la desagradable costumbre de sujetar los tenedores y los cuchillos por la punta. Era lunes, así que seguro que tocaría coles de Bruselas y quizá esas natillas de vainilla tan empalagosas.

Si me quedaba a cenar, no tendría más remedio que deshacer las maletas. Y si las deshacía, no tendría más opción que quedarme. La cena era la fórmula mágica con la que empezaría el movimiento circular de la rutina: asistir al día siguiente a la entrega del horario de clases, concertar citas y meterme en vereda.

—Creo que no me quedaré. Le avisaré con tiempo.

—Pero señor, si ya son casi las tres. Tengo que saberlo ahora.

—Ya veré. Prepare cualquier cosa.

Había empezado a oscurecer. En efecto, no eran ni las tres de la tarde. Hacía un tiempo de perros. La única ventaja del mal tiempo era que disimulaba la fealdad de la casa. Al menos no se

los tesoros de medina sidonia_AF_300114.pdf 31 4/02/2014 10:41:06

veía el papel descolorido de la pared, las puertas sin pintura, los zurcidos del mantel. La casa apestaba a cera abrillantadora. La famosa «limpieza general» de las vacaciones de verano. Mi mesa de trabajo estaba en un rincón, desolada y vacía. Los libros amontonados en pilas, ordenados en función de su tamaño. Ni una carta, periódico o revista.

Me senté frente a la ventana. Vi a un pato nadando de un lado a otro del canal. ¿Se sentiría mal el animalito? ¿Le gustaría nadar bajo la lluvia con sus patitas descalzas en el agua fría del sucio canal mientras caía la noche?

¿Podía hacer yo otra cosa que deshacer mis maletas? ¿Acaso era mi vida muy diferente de la de un pato? En realidad yo también nadaba siempre en el mismo canalito. Me tocaba volver de nuevo a mis clases de la facultad. El derecho me resultaba un tostón, una materia aburrida que me importaba un comino. Estudiaba la carrera de derecho porque me obligaban en casa. Mis materias favoritas, la historia y la psicología, «no te darán de comer». Estudiando historia solo puedes dedicarte a la enseñanza y como profesor «no hay perspectivas». Y estudiar psicología, sin ser médico, les parecía una «bobada». Con la familia no había forma de hablar.

Así que me vi forzado a matricularme en derecho, cuando lo que me interesaba era la historia y la psicología. ¿Qué me importaban a mí los formalismos y las fórmulas jurídicas? Lo único que me interesa es el ser humano y sus problemas. ¿Y mi «futuro»? Estupendo futuro. Trabajar en un departamento ministerial seguramente para el resto de mis días, con un pequeño ascenso cada cinco años, siempre que fuera muy bueno y careciera de opinión propia. Eso jamás. En la magistratura, mucho menos todavía. El trabajo de abogacía aún. Abogado penalista. Siempre que pudiera realmente defender la causa de algún pobre desgraciado. Eso al menos me permitiría entrar en contacto con la gente y sus problemas. Gente con la vida trastocada por problemas y conflictos. Pero en casa opinaban que ejercer la defensa de personas acusadas en causas penales «no quedaba bien», «con eso uno perdía su buen nombre». «El tío también lo piensa así.» Por dios, qué hartura, y a mí qué me importaba el tío. Un tío po-

los tesoros de medina sidonia_AF_300114.pdf 32 4/02/2014 10:41:06

lítico para colmo, aunque, eso sí, en posesión del título nobiliario de caballero, el oráculo de la familia. «Con muchos contactos.» Seguro que con más contactos que cerebro. Y además tenía tiranizada a toda la familia.

—Pronto te presentarás a un examen, ¿verdad?

La pregunta aún resonaba en mis oídos. Fue lo último que me dijeron cuando me despedí para irme a la estación. «Debes olvidar tus aficiones. Son una pérdida de tiempo. Ya es hora de que hagas algo útil.» ¡Aficiones! El hecho era que mi vida giraba en torno al estudio de la historia y la psicología. Menuda cara que pusieron cuando les hablé de mis experimentos parapsicológicos. Investigación histórica con métodos parapsicológicos. Ni siquiera sabían lo que era eso, a pesar de que era fácil enterarse de esos asuntos por los periódicos, pues con frecuencia aparecían en la prensa extensas reseñas de conferencias sobre ese tema. «Todo eso es una bobada y pura superstición.» Sí, seguro. La transferencia de pensamientos mediante objetos, «una bobada». La clarividencia, «una bobada». La telepatía, «una bobada». De la telequinesia y la criptestesia no habían oído hablar jamás. «Será algo parecido al espiritismo», opinó el tío. «Más te valdría estudiar que llenarte la cabeza con semejantes monsergas. De verdad, hijo, queremos lo mejor para ti.»

Tal vez sí. Pero las leyes no me gustaban. Quería hacer cosas para las que tuviera talento. «Examínate, como dios manda.» Sí, seguro. ¿Y ponerme a buscar al profesor de refuerzo y memorizar un montón de respuestas? Y todo ello para un «futuro» y unas «perspectivas» que no me atraían en lo más mínimo.

Sabía que no tenía escapatoria. Al fin y al cabo yo no era sino un pato al que le cortan las alas y luego dejan «nadar en libertad».

Las maletas seguían sin deshacer. En la cocina mi patrona trasteaba con las ollas. Y ahí estaba yo, en ese cuartucho, atrapado como una mariposa atravesada por un alfiler. A eso llamaban la licenciosa vida de estudiante, «la juventud desenfadada». Qué patanes. Yo no era sino un prisionero. Un mandado al que se le impone una tarea que determina toda su vida. Mañana empezaría la esclavitud. «Profesor, ¿puede examinarme a mediados de noviembre?» Ya me estaba imaginando su cara, su expresión hosca

los tesoros de medina sidonia_AF_300114.pdf 33 4/02/2014 10:41:06

y desagradable. ¿Cuánto tiempo me faltaba para licenciarme? No me quedaría tiempo para otras cosas y me iría consumiendo poco a poco. Me convertiría en el prometedor sobrino del «tío». Un chico «con futuro». De mi alma nadie hablaba. Esa no tenía futuro. Ni pasado. ¿Qué hacer con tu alma en un departamento ministerial? Ahí no había más que «jóvenes muy formales» con un «futuro» por delante y unos señores amargados con un «futuro» tras de sí.

Hubiera deseado disponer de una fórmula mágica con la que cambiar mi vida. Todo lo que me rodeaba me resultaba prosaico, un verdadero fastidio. A ver cómo me quitaba yo de encima a una patrona que me preparaba coles de Bruselas, a unos padres «que quieren lo mejor para ti» o a un tío con título de caballero. Esas hazañas difícilmente me inspirarían un poema épico. ¿Qué podía hacer yo en tales circunstancias? ¿Debía permitir que los demás decidieran por mí? ¿Y a santo de qué?

Pensé en poner un disco. Música española, Albéniz. Esa música contenía la vida misma. Qué bien tocaba aquella chica española la *Suite espagnole*, un verdadera maravilla. ¿Cómo le iría a ella? Quizá ya hubiera muerto hacía tiempo. La situación en España era verdaderamente desastrosa. Una muchacha guapa. Aquella noche de junio en que nos conocimos, ¿cómo íbamos a imaginarnos todo lo que sucedería después? ¡Qué noche! ¿Serían todas las españolas como ella? Cariñosa, sencilla y a la vez un poco altiva. Qué gran suerte haber coincidido a su lado en la cena. Y qué bien le quedaba aquel clavel en su melena oscura. Me permitió que se lo colocara en el cabello con toda naturalidad, y más tarde, cuando se le desprendió, ella misma se lo volvió a poner. Fue una pena que tuviera que hablar en francés con ella. De haber hablado español, podría haberle expresado lo que sentí cuando la oí tocar aquella música moderna. *Les plus beaux yeux du monde.** Mi piropo no pareció molestarle, todo lo contrario. Incluso entendió que me refería al título de una comedia francesa. *Nada de pedantería, los pedantes se quedan ciegos*. No quería ni imaginar que

* Comedia del escritor francés Jean Sarment (1925). *(Todas las notas son de la traductora.)*

los tesoros de medina sidonia_AF_300114.pdf 34 4/02/2014 10:41:06

ella pudiera quedarse ciega a causa de los bombardeos. Qué gente tan bestia, ¡bombardear una ciudad! Como si todos los que apoyaran al Gobierno fueran «chusma roja». Y aunque fueran rojos, ¿acaso no eran también personas? ¿Le habría sucedido algo a ella? ¿O a su familia? ¿Estaría sola? ¿Y en Madrid? ¿En ese infierno?

¿Cómo andarían las cosas en Madrid? ¿Se transforma la gente en una situación como esa? ¿Quién está a salvo en tales circunstancias? Y más una chica tan linda y simpática como ella. Y aristócrata de pura cepa. Su padre ocupaba uno de los puestos más importantes en el gobierno de la República. Eso al menos es lo que oí comentar aquella noche. Unos veinte años atrás un grupo de intelectuales había fundado un movimiento liberal republicano: Ortega, Unamuno, el padre de la chica y otros dos. ¿Viviría su padre aún? De Ortega no se sabía nada, Unamuno estaba en Salamanca. Pero, ¿y ella? ¿Dónde estaría en ese momento? ¿Y si estaba en apuros? ¿Sola? ¿Herida tal vez?

¿Cómo lo estaría pasando la gente en Madrid? Bonita época la que nos había tocado vivir. Bombardear ciudades indefensas. ¿Y si tomaban Madrid? ¿Sería cierto lo que se decía sobre Badajoz? De ser así, seguro que en Madrid también estarían fusilando a mucha gente. «Quemadores de iglesias y chusma.» ¿A las mujeres también las fusilaban? ¿No correría peligro una muchacha como ella? Quizá había compuesto música para los milicianos. ¿Y si esos marroquíes salvajes y esos tipos de la Legión Extranjera entraban en Madrid? Pobre muchacha. Con lo linda que era. Me pregunté si no podría hacer algo. Ir a por ella y traérmela a Holanda. Pero ¿cómo? Tendría que ir yo mismo a buscarla. Ya me veía rescatándola. ¡Qué papel tan romántico! Aunque ella, la verdad, tenía poco de romántica, la recordaba más bien irónica. Me tomaría el pelo seguro y se reiría de mi papel de héroe romántico. Qué risa tan bonita la suya. ¿Seguiría riendo de esa manera? Los españoles son gente singular. No dejan de sorprenderme. Como ella, aquella noche. Divertida y a la vez serena. ¿Y cómo reaccionaría ella ante las circunstancias actuales? ¿Cómo se viviría en ese momento en Madrid?

Cielos santos. Ahí estaba de nuevo la patrona.

—Señor, ¿puedo servirle ya la cena? Está usted en la oscuridad.

los tesoros de medina sidonia_AF_300114.pdf 35 4/02/2014 10:41:06

Servir la cena. Encender la luz. Empezar. Clase. Profesor de refuerzo. Examen. El tío. El departamento ministerial. Volverse un viejo amargado.

—No me quedo a cenar, señorita.

—Oiga, señor. Las coles de Bruselas son de las buenas. Y además le he preparado unas natillitas. Deshaga ya sus maletas, hombre. Enseguida se sentirá en casa, ya verá. Recuerde, el año pasado le sucedió lo mismo. Debe empezar por deshacer sus maletas, de verdad se lo digo. Por cierto, hace un rato vino el señor Willems para ver si ya había llegado usted. Quería saber si le podía acompañar esta noche a una conferencia sobre España en La Haya.

—Ah, gracias. No me quedo a cenar.

Me escuché a mí mismo pronunciar esas palabras con serenidad, serio, en tono firme. No sabía por qué, la verdad, pues en realidad aún no había decidido nada. ¿Y por qué iba a decidir algo? Era obvio que mi obligación era quedarme a cenar. Y deshacer las maletas. Y matricularme en el examen.

—No estoy en casa para nadie.

—Bien, señor.

Me sentí extraño, como si fuera otra persona quien hablara por mi boca. ¿Qué lograba yo en realidad con semejante actitud? El aplazamiento de la ejecución, sencillamente. Lo mismo daba comer coles de Bruselas en casa de la patrona o en un bar. Irremediablemente, al día siguiente a las once de la mañana tendría la reunión para «fijar el horario» de las clases. Como si los horarios los determinaran esos dos centenares de estudiantes de derecho. En psicología la cosa era diferente y, sobre todo, en parapsicología, pues esas carreras contaban con pocos estudiantes. El profesor de parapsicología era un tipo simpático, buena persona, siempre atento conmigo. «Tiene usted talento para esta materia.» Era amable diciéndome eso. ¿Y si le hablase alguna vez de mis propios experimentos? Mi historia con la caja de rapé había sido bastante curiosa. No sé si mi madre me habló alguna vez de su bisabuelo cuando yo era niño. Lo cierto era que yo no había visto nunca un retrato de ese hombre y sin embargo lo vi, sí, clarísimamente. Arrastraba los pies por el jardín con su boina calada

los tesoros de medina sidonia_AF_300114.pdf 36 4/02/2014 10:41:06

en la cabeza y sus gafas colocadas sobre la frente. La verdad es que me asusté un poco. ¿Poseería yo realmente dotes de médium? ¡De ser así, estudiar historia sería una maravilla! Ya me imaginaba yo tomando en mis manos un sombrero, pongamos el de Felipe II, y verlo aparecer ante mí. Sentiría lo que él sentía, seguiría sus pensamientos, sabría lo que le pasaba por la mente. Experiencias como estas abrían posibilidades infinitas al estudio de la historia. ¡Cuántas cosas del pasado podríamos comprender! Nada que ver con «las perspectivas» esas de las que me hablaba mi familia.

Con esa técnica de transferencia de ideas y sensaciones mediante objetos quizá fuera posible escribir biografías de grandes personajes históricos. Ya me veía yo en Aken. Tomaría en mis manos un par de objetos de Carlomagno y al instante se me aparecería el emperador. Caminaría a su lado y le oiría hablar. Y así acabaría conociéndole bien, tanto física como psicológicamente. ¡Y lo mismo podría hacer con cualquier otra figura histórica! Ese Felipe II, por ejemplo. ¡Qué personaje tan misterioso! ¿Qué sabíamos hoy de él? Me encantaría conocerle mejor, pero para ello tendría que viajar a España. Concha lo había entendido enseguida. Gracioso nombre, Concha. Me enseñó a pronunciarlo.

—¿Y qué significa en realidad? —le pregunté.

—Es una abreviación de Concepción. Se refiere a la Inmaculada Concepción. Casi todas las mujeres en España se llaman María, en alusión a las cualidades, virtudes, gozos y dolores de la Virgen.

¿Cómo podría yo saber algo de ella? Y si alguien con excepcionales dotes de médium tomara un objeto de Concha en las manos, por ejemplo una carta, ¿sería capaz de referir algo concreto de ella? Podría intentarlo, ¿no? Tenhoeve era un buen tipo que me comprendería de inmediato. Seguro que conocía a alguien capaz de hacerlo. ¿Y si le dijera que yo también poseía ciertas dotes de médium? La verdad es que Tenhoeve era un hombre muy prudente, también en clase. Una persona con tacto. ¿Y si llamara a Luisa? A lo mejor sabía algo de Concha. Cómo no se me había ocurrido antes.

—Hola, soy Van de Moer. ¿Está la señora Nyeborg en casa?... Sí, Luisa, soy Maarten… ¿Cómo estáis?... No, acabo de llegar… Voy tirando… Fue una velada muy agradable, ya sabes, aquella

los tesoros de medina sidonia_AF_300114.pdf 37 4/02/2014 10:41:06

noche con el escritor español y su hija… ¿Has sabido algo más de ellos?.... ¿Ah, sí? ¿De cuándo es esa carta? En tres semanas puede haber sucedido de todo… ¿Te importa si me paso por tu casa esta noche?... No estoy muy lejos… Quizá me pueda acercar Willems, en la moto… Él tenía la intención de asistir a una conferencia sobre España. De acuerdo, hacia las siete. Hasta luego.

Era una buena idea. Iría con Willems a la conferencia y, de paso, recogería la carta. A lo mejor podría usar la carta para mis experimentos, pensé. ¿Qué diría Tenhoeve? ¿Qué dijo en su última clase? «Todo acto es el comienzo de un nuevo vínculo.» Cuando llegara a casa, las maletas seguirían tal como las dejé. Sería mejor que deshacerlas esa misma noche y acostarme enseguida. «Tú te arrojas sobre la cama como quien se tira al agua», me había dicho Willems una vez. Tal vez llevara razón. Y mañana todo empezaría de nuevo…

«Todo acto es el comienzo de un nuevo vínculo.» El acto lo estaba realizando yo. Pasaría por casa de Willems y nos iríamos juntos a La Haya, a una conferencia sobre España. ¿Por qué? ¿Era ese acto la consecuencia o el inicio de un vínculo? Me gustaba montar en la moto con Willems. Me encantaban las curvas, las curvas pronunciadas. Y verme completamente inclinado sobre la moto. Era maravilloso, embriagador. Willems era un buen motorista. La otra vez que salimos juntos nos lo habíamos pasado en grande. En algunos tramos alcanzamos los cien kilómetros por hora. ¿Y por qué me gustaba la moto? Si patinaba, me iría al garete. Chocaría contra un árbol o embestiría a un ciclista que salía de una calle lateral. Y, además, siempre había individuos que se te ponían delante y trataban de cortarte el paso. En realidad nosotros también lo hacíamos. Con una moto se cuela uno por todas partes. Mis padres no querían comprarme una moto, eran unos agarrados. «No, chico, que te conocemos. Te encanta el riesgo.» Qué sabrían ellos de eso. En el fondo la moto me daba miedo. Y esa era precisamente la cuestión: el peligro me asustaba y a la vez me atraía. Me estremecía solo de pensar que podría acabar tirado en la cuneta de la carretera de Wassenaar con la cabeza abierta. Y sin embargo, al mismo tiempo, la idea me agradaba. ¿Cómo era aquel verso de Goethe? «*Schauderen is der Menschheit bester*

los tesoros de medina sidonia_AF_300114.pdf 38 4/02/2014 10:41:06

Teil», en su capacidad de estremecerse reside lo mejor del hombre. ¿*Bester* o *beste*? Qué mal llevaba el alemán y eso que leía mucho en ese idioma. Los alemanes eran unos verdaderos ases en materia de psicología moderna. ¡Y cómo la aplicaban! Era impresionante la manera en que dominaban a las masas mediante trucos psicológicos. Los alemanes también tenían intereses en España, lógicamente. Los italianos buscaban zonas seguras para su política mediterránea. Los alemanes, por su parte, buscaban materias primas y un nuevo frente contra Francia. Quizá saliera este tema en la conferencia. Confié en que Willems estuviera en casa, de lo contrario no sabría ni dónde tenía lugar la conferencia. Por suerte vi su moto.

—Señorita, ¿está el señor Willems en casa?

En realidad, Willems y yo no nos parecíamos en nada. Él ya se había organizado todo el «ropero». Los libros bien ordenados sobre la mesa. Las maletas deshechas. Me lo encontré en batín, leyendo. Un folleto político, claro. Increíble todo lo que Willems leía: política, sociología, economía. Estaba al día de todo. A mí esos temas nunca me habían llamado mucho la atención. Es decir, no en sí mismos, únicamente en relación con las personas. Para él, en cambio, esos temas eran rompecabezas mentales, problemas de ajedrez. «Las personas son secundarias», solía decir. Muy bonito. Eso mismo pensarían los que arrojaban bombas sobre Madrid.

—¿Dónde es la conferencia de esta noche y de qué trata?

—Tiene lugar en una asociación española y la imparte un tipo que acaba de regresar de España. Parece ser que está muy enterado de lo que sucede ahí, porque visita el país con frecuencia y ha escrito un par de libros sobre España. Tal vez hable de asuntos que te interesen, de cómo está la gente ahora mismo en España, cómo reacciona, cómo siente. Conoce a mucha gente. Creo que ha escrito un artículo sobre el padre de aquella chica española que te cayó tan bien. Por eso pensé que te apetecería acompañarme. Madre mía, qué lata me diste con esa chica. «Ay, qué ojos, qué manos, qué tipo.» «Qué cabello negro tan bonito.» «Y ella me dijo…» «Y ella me miró…» «Y ella tocaba tan bien…» Qué, chico, ¿lo has superado ya? ¿Quién ocupa ahora tus pensamientos? ¿Una rubia, una castaña, una morena?

los tesoros de medina sidonia_AF_300114.pdf 39 4/02/2014 10:41:06

—Deja de darme la tabarra y no digas sandeces. Vámonos. Podemos tomar algo en un bar. Necesito controlar mis gastos. Mis padres me han entregado toda la asignación completa hasta Navidad. Es la primera vez que me entregan todo el dinero de golpe. «Así aprenderás a administrarte», me dijeron. Oye, quisiera pasar un momento por casa de los Nyeborgs. Necesito preguntarles una cosa. ¿Es posible? Nos pilla casi de camino. Recuerdas dónde viven, ¿no?

Lo peor de la moto era el frío. Era lo único que me resultaba un poco desagradable. La moto era una *coartada* ideal: no estás en ningún lado, estás ausente. *No estoy*. Te encuentras entre dos puntos y no sabes si vas a llegar a tu destino. La suspensión de la existencia. La vida en España tenía su lado atractivo. En realidad te liberaba de tus problemas personales. Si en cualquier momento podías morir, ¿merecía la pena preocuparse de algo? En cierto sentido cabría imaginar que los españoles se habían tomado «unas vacaciones de sí mismos». Según había leído, esa misma sensación la experimentaron los soldados en el frente durante la guerra mundial. En la guerra se vive a la sombra de la muerte. O en el crepúsculo de la vida. Comoquiera que fuera, la vida se tornaba más intensa. ¿De qué hablaría yo ahora con Concha si ella estuviera aquí conmigo? Era desde luego una desgracia que estuviera en Madrid. ¿Qué diría en su carta? Según me había contado Luisa, sonaba bastante animada. ¿Qué clase de hombre sería su padre? ¿Y Ortega? ¿Resistiría una tormenta de ese tipo? De hecho, Ortega era más bien un *bel esprit* que se permitía el lujo de expresar sus opiniones a distancia.

—Oye, Willems, ¿te importa esperarme un momento fuera? Quizás estén cenando. Ya son las seis y media pasadas. Les diré que tenemos prisa. Deja la moto en marcha. Vuelvo en dos segundos.

La buena de Luisa. Siempre lo captaba todo a la primera. Era tan maternal a pesar de su juventud. Me entregó la carta con la más dulce de sus sonrisas limitándose a decir:

—Devuélvemela, ¿de acuerdo?

Nada más. Y me dejó partir sin comentario alguno cuando percibió que yo prefería no seguir hablando.

los tesoros de medina sidonia_AF_300114.pdf 40 4/02/2014 10:41:06

También Willems era un buen tipo. No dijo ni una palabra. Me había esperado tranquilamente en la moto. Volví a montarme detrás y antes de que me diera cuenta ya nos habíamos adentrado en el barrio del Benoordenhout.

—¿Qué bar?

—Da lo mismo. Aparca la moto en algún lado. Por ejemplo el que está en frente de Studio. Es un buen lugar. Así picamos algo y luego nos tomamos un café. ¿A qué hora empieza la conferencia?

—Sobre las ocho y media.

Me gustan las tascas. En La Haya había un par de ellas muy buenas, poca cosa. En Ámsterdam había más tascas y un ambiente muy distinto. La gente se reunía más para debatir sobre ideas, libros, arte, música. En Ámsterdam se habla y se escucha. En La Haya se mira, se observa. En La Haya uno siempre tiene la sensación de estar contemplando un gran espectáculo. Todo tiende a la ostentación, lo que sin duda también puede ser fascinante. En Ámsterdam, la gente es más activa, anda siempre ocupada y te implica en sus actividades.

¿Cómo reaccionaríamos aquí en La Haya si de pronto estallara una bomba? Un par de meses atrás habíamos estado un grupito de gente, con Concha y su padre, sentados en la plaza Buitenhof tan a gusto. Y ahora quizás ella estaba muerta y enterrada o malherida. Preferí no leer su carta en ese momento. Lo haría más tarde, cuando estuviera solo. Al día siguiente llamaría a Tenhoeve. ¿Y si hiciera yo solo la prueba? Con la caja de rapé lo había conseguido inesperadamente. ¿Y por qué? La noche anterior me había acostado muy tarde, y, cuando duermo poco, al día siguiente suelo ser más sensible a las impresiones. Me pregunté si sería posible desarrollar mis dotes de médium hasta dominar la técnica. Seguramente dependía del nivel de resistencia que opusiera la conciencia. Quizá estaba más receptivo a ese tipo de impresiones cuando me sentía un poco débil o alicaído por cansancio o por haber pasado la noche en blanco. Esa noche, cuando llegara a casa, leería la carta de Concha e intentaría establecer contacto.

Buen tipo ese Willems. Leía el periódico tranquilamente y me permitía seguir cavilando. Era extraño, pensé, que yo le llamara a él siempre por su apellido y él en cambio me llamara por mi

los tesoros de medina sidonia_AF_300114.pdf 41 4/02/2014 10:41:07

nombre de pila. Tal vez porque su nombre, Willems, no parecía un apellido. O puede que tuviera que ver con su carácter. Era mayor que yo y más independiente que la mayoría de estudiantes de tercero de carrera. En el servicio militar también le había ido bastante mejor. Un buen oficial de reserva. Tienes que ser más activo, le había dicho su *viejo*. Curiosa la manera en que mi amigo había logrado ganarse el respeto. Yo eso lo llevaba peor. En realidad había hecho bien en no presentarme al examen. En casa se pusieron furiosos, lógicamente. «Quedaba bien lo de teniente de reserva.» «Tan difícil no era el examen.» Como si el problema fuera ese. Yo sabía perfectamente que no servía para el servicio militar. Estaba demasiado ausente, mis pensamientos estaban siempre en otro lado. Los soldados no me tenían ningún respeto y yo nunca encontraba el tono justo con que dirigirme a ellos: o era demasiado cordial y suave o demasiado arrogante. No obstante, no estaba arrepentido de haber hecho el servicio militar. Disfruté aprendiendo esgrima, un deporte fantástico, y también me enseñaron a disparar. Y a manejar una ametralladora, desmontarla y volver a montarla. Eso tampoco estuvo nada mal y no me resultó muy difícil, a pesar de mi escasa habilidad. Me pregunté si habría muchos estudiantes combatiendo en España. El padre de Concha había comentado que los estudiantes españoles solían participar con pasión en la vida política. ¿Conocería Concha a muchos de esos estudiantes? ¿Cómo se relacionarían entre ellos?

—¿Nos vamos?

—¿Está lejos?

—No, muy cerca. Aquí en el centro.

No soportaba las salas atestadas de gente, sobre todo cuando había una conferencia. No me gustan las conferencias, porque no aguanto escuchar mucho rato seguido. Por esa misma razón me agobiaba también en las clases. Willems, en cambio, estaba muy atento y tomaba unos apuntes perfectos. Yo tomaba alguna nota de vez en cuando y luego, claro está, no entendía nada de lo que había escrito. ¿Y si leyera ya la carta de Concha? No, me dije, era mejor esperar. Y escuchar. Así me enteraría quizá de lo que estaba sucediendo en España, pues los periódicos transmitían muchas noticias confusas. El conferenciante explicaba una

los tesoros de medina sidonia_AF_300114.pdf 42 4/02/2014 10:41:07

especie de geografía política. Gracias a su exposición, empecé a hacerme una idea de las tensiones que existían en aquel momento en España. Franco colaboraba con Alemania e Italia y representaba a un grupo bastante heterogéneo integrado por conservadores republicanos, monárquicos, fascistas y clericales. Las discrepancias ideológicas abundaban también en el otro bando en el que convergían liberales, socialistas, comunistas y anarquistas. En lo referente al peligro ruso, el conferenciante opinaba que era una amenaza temporal y limitada. Rusia estaba atravesando una grave crisis y no era capaz de ejercer una política expansionista. España aspiraba a convertirse en una república liberal de carácter socialmente progresista, pero la República se enfrentaba a tres enemigos: los españoles conservadores aliados del clero; el gran capital extranjero preocupado por sus inversiones industriales en una país socializador; y Alemania e Italia, que temiendo ejercer una escasa influencia sobre una república liberal se inclinaban por un gobierno profascista.

La quema de iglesias y asesinatos de sacerdotes eran, sin duda, unos actos terribles, según el conferenciante. «Por una parte son expresión del pánico de las masas y por otra la manifestación de elementos irresponsables y criminales.» Se trataba de una reacción repudiable, pero de algún modo comprensible considerando la abierta colaboración del clero con los sediciosos. «España es un país descristianizado.» «La formación moral y espiritual del pueblo ha sido lamentablemente desatendida.» «Los estallidos de furia popular han de verse a la luz de la tiránica política clerical y la desatendida educación del pueblo.»

En conclusión, a juicio del conferenciante, la sublevación de Franco y de los suyos era la sublevación de los privilegiados temerosos de perder su poder. La religión les servía para encubrir sus verdaderos motivos. Ese era un fenómeno recurrente en la historia: la ideología enmascaraba los verdaderos propósitos políticos y económicos.

«En ambos bandos reina la arbitrariedad.» «En el bando de Franco, el ejército y el clero han sembrado el terror y en pocos meses han causado miles de víctimas.» «Del lado del Gobierno, la arbitrariedad es instigada por el ambiente de pánico, la furia des-

los tesoros de medina sidonia_AF_300114.pdf 43 4/02/2014 10:41:07

controlada del pueblo y la ausencia de estructuras de poder.» «La sublevación ha destruido todos los aparatos de poder del Estado.» «La recuperación del poder llevará al Gobierno meses y exigirá el sacrificio de un gran número de vidas humanas.» «Mientras tanto es posible que caiga Madrid.» «La situación internacional favorece el triunfo de la causa rebelde.» «Los llamados gobiernos democráticos se inclinan por un régimen autoritario y muestran escasa simpatía por un gobierno popular.» «Habida cuenta el patriotismo local típicamente español, esperamos una contumaz defensa de Madrid.» «La ciudad de Madrid está sufriendo mucho los bombardeos.» «Lo más terrible de una guerra civil es que la línea divisoria no pasa por el frente sino que atraviesa las filas y la retaguardia.» «Espionaje y provocación.» «Duelo en todas las familias.»

Duelo en todas las familias. Y en semejante infierno vivía Concha. «Los aviones pasan en vuelo rasante sobre la ciudad y ametrallan a la gente. En Madrid la artillería antiaérea es insuficiente.» «Faltan aviones.» «La población civil organiza la defensa bajo la dirección de las comisiones ejecutivas de los partidos, los sindicatos y algunos oficiales.» «La división interna agrava la penosa situación.» «Mujeres y niñas levantan barricadas y organizan servicios de emergencia.»

Cuán miserable se debía de ser para disparar sobre la población civil. ¿Dónde estaba «la voz de la conciencia mundial»? Vivíamos en un mundo hipócrita que no quería ser incomodado, que quería vivir tranquilo de rentas. Poco importaba de dónde procedieran las rentas. Esas gentes cerraban los ojos y se tapaban los oídos con las manos. Solo temían un peligro, perder su dinero. La monserga sobre el peligro comunista no era más que un fino truco psicológico. ¡Qué fuerza tendría Rusia en comparación con Alemania! ¡Y cuánto más peligro suponía el fascismo nazi para la cultura y la libertad de conciencia! Era difícil comprender que el clero español buscase un aliado en Alemania. Puede que les saliera el tiro por la culata. ¿Cómo estaría la pobre Concha? Y yo tan pancho en Holanda, tomándome tranquilamente un café y asistiendo a conferencias. Hacía un rato, en el bar, me había sentado a la misma mesita que compartí con ella en junio. Ahora

los tesoros de medina sidonia_AF_300114.pdf 44 4/02/2014 10:41:07

quizá ella yacía herida en un callejón oscuro. Los malditos marroquíes no tardarían en entrar en Madrid. Y yo, departiendo con el profesor de refuerzo. Mejor haría en buscar el «refuerzo» de una metralleta. A la porra con el profesor de refuerzo.

—Oye, Willems. Me estoy asfixiando aquí. Ya sé suficiente. ¿Te vienes? La charla está de todos modos a punto de acabar. Demos una vuelta por ahí. Podríamos sentarnos un rato en la plaza del Buitenhof. Aún se está bien fuera.

Quise volver a sentarme a la misma mesa que ella. Por suerte no estaba ocupada. Intenté recordar cómo había estado ella sentada exactamente. Una mano la mantenía así y la otra reposaba sobre su rodilla. Y qué pie tan pequeño tenía. Llevaba unas finas medias de seda que me encantaron. Vestía bien y llevaba un sombrerito muy gracioso. Y aquella hermosa y brillante melena negra. ¿Quién me había comentado una vez que las mujeres españolas cuidan mucho su cabello y sus pies? ¡Y sus ojos! Una expresión cálida, amable, con un brillo de ironía y a la vez dulce, casi maternal. Unos ojos almendrados. Y qué muñeca tan fina. Así estaba ella sentada y ese fue el gesto de su mano cuando apuntó algo. ¿Qué debió de apuntar? Creo que era algo relacionado con su apellido, que era diferente del de su padre. ¿Cómo era eso? Empecé a recordar. En España la gente lleva dos apellidos, el del padre y el de la madre. Esa era la diferencia. Concha tenía una mano fuerte. Traté de imitar sus gestos. Así escribía, así sostenía la cabeza y así la mano. Balanceaba ligeramente el pie. Me pidió la pluma y apuntó su nombre, algo así como: Concepción de Argensola y Castrojériz. Sonaba fantástico. Qué cerca la sentía ahora. Era como si estuviera sentada a mi lado, como si pudiera hablar con ella. Si uno se concentraba así al máximo en una persona, ¿sería posible establecer contacto con ella aunque estuviera muy lejos? A mí me parecía perfectamente posible. Lástima que las cosas hubieran ido de aquella manera. Mis padres naturalmente no se tomaron en serio mi historia con ella, les pareció una fantasía mía. ¿Y si me hubiera ido a España de vacaciones? El padre de Concha tenía previsto impartir unos cursos en la Universidad de verano de Santander. Lógicamente, eso no prosperó, porque de lo contrario ella no hubiera enviado la carta desde Madrid. Habría sido

los tesoros de medina sidonia_AF_300114.pdf 45 4/02/2014 10:41:07

una pena ir a España y no dar con ella, pues desde Santander era ya casi imposible llegar a Madrid. ¿Cómo podría ir yo a Madrid? ¿Y si me presentaba como periodista? Pero ¿para qué periódico? Además, yo no era un buen redactor.

—Venga, Maarten. Estás soñando. Vámonos a casa.

—Me resulta difícil volver a casa cuando se me hace tarde. Se me desata la imaginación y luego me cuesta regresar a la realidad. Aún tengo mis maletas sin deshacer en mi habitación. No quiero deshacerlas, porque eso significa aceptar una situación que no deseo. Mis padres quieren que acabe la carrera y a mí no me apetece nada seguir estudiando derecho.

—Nos les falta razón a tus viejos. Estás demasiado ocupado contigo mismo, chico. La disciplina que impone la vida del funcionario es buena para las personas emotivas como tú. A este tipo de personas hay que meterlas en vereda. Por tu forma de ser no eres lo suficientemente autónomo para ejercer una profesión liberal. Eres demasiado impresionable, perdona que te lo diga. Ahora estás totalmente obsesionado con España y ayer probablemente ni te acordabas del tema. Estás más pálido que un muerto. Tómate un café sin leche ni azúcar y luego nos vamos a casa.

Volver a casa. Con ese «ropero» espantoso como meta. Tres maletas sin deshacer, una mesa vacía, un profesor de refuerzo, y, como objetivo último, el departamento ministerial o algo así, como el infierno. A eso llamaban vida. Para mí la vida era tensión interior, experiencia. En Madrid se vivía. Se vivía cada hora. Ahí te sentías responsable de cada pensamiento, cada sensación, cada acto. Y caminabas siempre muy cerca de la muerte. Hermosas palabras: *Recuerda cuán breve es mi tiempo.*[*] Me imaginé sentado con Concha en la terraza de un café. Un bombardeo. Dos muertos. Curioso que ese pensamiento me resultara tan tentador. ¿Se sufriría mucho? *Recuerda cuán breve es mi tiempo*. Había algo dulce en esa idea. La vida es frágil, la muerte acecha a toda hora. Alcanzar la paz, el descanso eterno. ¿Cómo era aquel poema sobre la muerte de los amantes? *Nous aurons des divans pro-*

---

* *Biblia*: Salmo 89:47.

los tesoros de medina sidonia_AF_300114.pdf 46 4/02/2014 10:41:07

*fonds comme des tombeaux.** Sí, esos divanes serán para nosotros, para Concha y para mí. Nos están esperando. En el gran caravasar de la muerte están preparados los divanes para los amantes. *Recuerda cuán breve es mi tiempo*. Concha y yo nos encaminamos a la muerte cogidos de la mano.

—Oye, Maarten, tómate una copa y acuéstate. Mañana me paso por tu casa y hablamos de tu carrera. Quizá podamos estudiar juntos de vez en cuando. Hasta luego.

Seguían ahí. Las malditas maletas. En ese cuchitril frío y desolador. Y tan feo. Lo único humano que yo poseía en aquel lugar era la carta de Concha. Y ni siquiera iba dirigida a mí.

Me senté en un rincón de mi habitación con la carta de Concha entre las manos. Tenía vistas al canal. El agua brillaba iluminada por la luz de la farola que había delante de la casa. Con el pensamiento en blanco me quedé observando el juego de la luz sobre el agua ligeramente rizada. Sentía la cabeza vacía y ligera. Dormitaba, cansado y triste. Me pareció estar flotando en el agua, en el aire, en un espacio en penumbra. Me notaba las manos grandes y pesadas y no sabía qué mano, si la izquierda o derecha, estaba sobre la otra. Mantenía sujeta la carta sin leerla. Y sin apenas darme cuenta, rompí a llorar. Estoy tumbado como en una camilla. Me ponen una venda en la cabeza. Me corre sangre por la cara. El brazo me duele muchísimo. No puedo mover la pierna. Oigo gritos a mi alrededor. Un estruendo brutal como el de una casa que se desploma. Detonaciones fuertes y sordas. El agudo tableteo de ametralladoras. Gente que corre a mi alrededor. Mi camilla vuelca. A mi lado, en el suelo, yace un niño cubierto de sangre. Un ruido espantoso. Toda la casa retumba, la gente se precipita escaleras abajo. Oigo voces y gritos en español, francés y alemán. Me duele terriblemente la cabeza. Caigo en un profundo pozo y sigo cayendo.

No recuerdo cuánto duró aquella pesadilla. Cuando volví en mí, estaba sentado exactamente igual que antes, con la carta de Concha en la mano. Me sentía agotado, como si hubiera caminado durante horas por la nieve. Otra vez esa sensación ex-

* Versos de Baudelaire en *Les fleurs du mal* (poema CXLIV).

los tesoros de medina sidonia_AF_300114.pdf 47 4/02/2014 10:41:07

traña de vacío en la cabeza. ¿Qué opinaría Tenhoeve sobre lo que me acababa de suceder? Probablemente no se pronunciaría. Cauteloso como era, se lo atribuiría al agotamiento, a mi naturaleza impresionable, a la conferencia sobre España, a mi preocupación por Concha. ¿Creería él en la realidad de esta experiencia? Quizás sí. Tenhoeve era un hombre prudente. «Existen más realidades de las que conocemos.» «Nuestra capacidad mental es muy limitada.» Pero frente a la persona implicada se expresaría de otro modo. «Hay que ser prudente con los experimentos y no conceder un excesivo valor a los propios ensayos no sometidos a control.» Yo, sin embargo, acababa de experimentar mi visión como algo real, tal como me había pasado con la caja de rapé y otros casos menores.

Me pregunté si habría estado verdaderamente en contacto con un acontecimiento que estaba teniendo lugar en Madrid. ¿Habría vivido Concha una situación semejante mientras escribía la carta? ¿Era posible que fuera realidad todo lo que yo había visto en mi sueño? ¿Y si Concha se encontraba en ese instante gravemente herida en medio de los escombros?

Pensándolo bien, nada me impedía viajar a España. Estaba harto de la vida que me obligaban a llevar. Muy poco me ataba a ese lugar. Y no era útil para nadie. En España, en cambio, podría hacer cosas: ayudar a Concha, levantar una barricada, manejar una metralleta. Aunque la idea de matar a gente me resultaba terrible. ¿A qué mundo iría a parar ahí en España? Podría vivir fascinantes experiencias si lograba sobrevivirlas. ¡Y qué final me esperaría si me quedaba aquí! *Recuerda cuán breve es mi tiempo.* Pensar en esas cosas estimulaba mi energía.

¿Qué hora debía de ser? Las cuatro de la madrugada. Me pregunté cómo se llegaba a España. Habría que ir primero a París. Pero ¿cómo entrar en el país? Mi pasaporte lo tenía conmigo y estaba en orden. Lo acababa de renovar. En la aduana probablemente me pedirían explicaciones y una prueba de que no era fascista o un espía o un provocador. ¿Y cómo se conseguía eso? En la legación española de La Haya no había en aquel momento ninguna representación del Gobierno, según había oído comentar el día anterior en la conferencia. Lo mejor sería conseguir algún tipo

los tesoros de medina sidonia_AF_300114.pdf 48 4/02/2014 10:41:07

de certificado de una organización estudiantil antifascista, que no fuera socialista ni comunista. ¿Y si llamara a Zeus? ¿Habría regresado ya? Ignoraba su verdadero nombre, todo el mundo le llama Zeus. Era un tipo gordo y fuerte, inteligente y un buen organizador, como había demostrado organizando unas conferencias sobre psicología social. Intenté recordar cómo se llamaba su patrón. De Vries, un panadero. Seguro que el panadero ya estaba despierto a esa hora de la madrugada. Y Zeus era un buen tipo, seguro que lo comprendería.

—Si, hola. ¿Hablo con De Vries, la panadería? Disculpe… ¿Un bollo fresco?... No, eso no... ¿Ha regresado Zeus? Ya sabe, ese estudiante tan corpulento, no recuerdo su nombre, todo el mundo le llama Zeus... ¿Tiene teléfono en su habitación?... Sí, ¿me haría el favor?

—Oye, Zeus, soy De Moer... Disculpa... Sí, es una hora impresentable, lo sé... Pero es que se trata de un asunto grave... No, no habido ningún accidente... No, el asunto es el siguiente. Voy a viajar a España y necesito algún tipo de documento que certifique que soy una persona de fiar... ¿Podrías conseguirme algún papel para dentro de un rato?... Si, me marcho hoy mismo. Partiré de La Haya en el tren que sale sobre las once... Absolutamente confidencial. Hasta luego... Sobre las ocho, sí.

¿Qué me llevaría? Poco equipaje. A las afueras de Madrid seguro que haría frío. En la sierra nieva todo el año. Haría bien en llevarme ropa de abrigo. Un jersey de lana, botas de montaña, una gabardina y un pantalón y una cazadora de cuero para la moto. Por suerte disponía de todo eso. Dos mudas de ropa interior de lana. Calcetines de deporte. Más valía que me hiciera una lista. Debía caber todo en una maleta pequeña y una mochila. El neceser. Dos paquetes de vendas. Las vendas las podría comprar más tarde. Por fortuna mis padres me habían dado la paga de varios meses de una vez. Curioso que hubiera tenido esa suerte. Disponía de quinientos florines con los que se suponía que debía sufragar todos mis gastos durante tres meses. La matrícula me la pagaban directamente mis padres. Ya no sería necesario. Imaginé la cara que pondrían. Ya les escribiría desde París.

De pronto me sentí más animado. Vacié mi maleta más pe-

los tesoros de medina sidonia_AF_300114.pdf 49 4/02/2014 10:41:07

queña, una fuerte, de piel, y la volví a llenar con la ropa y los zapatos que quería llevarme. En la mochila metí la ropa interior, un par de camisetas de tenis y el neceser. Estaba completamente lúcido y sin embargo era como si actuara en un sueño. Tenía la cabeza más clara que nunca. Comprobé si los cordones de mis botas de montaña estaban todavía en buen estado, metí en la maleta unos de recambio, miré si tenía unas cuchillas de afeitar y si todos los botones estaban bien sujetos. En la estación de La Haya seguro que podría comprar dinero francés. No necesitaba nada más. A la patrona le diría que iba a estar fuera unos días. Y le pagaría un mes por adelantado, ochenta florines. En total me quedarían todavía casi quinientos florines, porque me sobraba todavía algo de dinero del verano. Desde París llamaría a la patrona para comunicarle que dejaba la habitación… ¿y si le pedía que me mantuviera el alquiler en las mismas condiciones que me aplicaba durante las vacaciones? ¿Regresaría alguna vez a este cuarto?

Me senté frente a la ventana y contemplé mi habitación. ¡Con qué ilusión había llegado aquí hacía un par de años! En realidad, durante esos dos años mi vida había sido dura, sin que pudiera decir exactamente por qué. Me había faltado alegría vital, despreocupación, juventud. Me habían agobiado un montón de problemas y conservaba pocos recuerdos gratos. De mi infancia tampoco guardaba buenos recuerdos. Curioso que no hubiera pensado nunca antes en eso. Nunca me había sentado en el regazo de mi madre y mi padre jamás me besó. Y sin embargo mi madre era una persona muy emocional y mi padre un hombre bueno y amable. ¿Cómo se explicaba eso? Yo siempre tuve mucha necesidad de amor, de cariño. Fui un niño tímido, un poco zurdo y torpe. Eso ya lo había superado un poco gracias a un entrenamiento sistemático, pero seguía sintiendo el peso de la soledad. Ahí estaba otra vez el pato. ¿Qué habría hecho el animalito toda la noche en esta agua fría? ¡No!, otra vez la patrona.

—Sí, ¡entre!

—Por dios, señor. ¡Sigue usted aquí sentado! Ni siquiera se ha acostado. ¿No estará enfermo? Está más pálido que un muerto.

—Salgo unos días de viaje, señorita, así que voy a pagarle el mes por adelantado. Serán ochenta florines. ¿Me da un recibo? ¿Y

los tesoros de medina sidonia_AF_300114.pdf 50 4/02/2014 10:41:07

me pone un café? Tráigame mejor una cafetera entera, con el café muy caliente. Si no, no lo quiero.

A las ocho iría a ver a Zeus. Primero dejaría mi maleta en la estación. A esa hora no me cruzaría con nadie. A Willems ya le escribiría más adelante. Si se enteraba de mis planes, le creía capaz de encerrarme y llamar a mi familia… O de venirse conmigo.

Pocas veces me había sentido tan aliviado y lúcido como aquella mañana en que me dirigía a la estación. Al entrar en el vestíbulo de la estación, sentí algo muy extraño. Mi maleta se había tornado de repente muy alargada y pesada y me escuché decir a mí mismo: «Estoy portando mi propio ataúd». Vi ante mí el armatoste, alargado y negro, con sus tornillos plateados. La tapa se volvió de pronto transparente. Y ahí yacía yo... La visión duró unos instantes. Me detuve delante de la puerta giratoria hasta que una señorita robusta me dio un empujón y oí que otra persona decía: «Ese seguro que ha estado toda la noche de parranda».

La cabeza empezó a darme vueltas y tuve que sostenerme. Cuando el mareo se pasó, recuperé la lucidez y dejé la maleta en consigna. En el café frente a la estación intenté comer un bocadillo.

Zeus era amable, como lo son todos los tipos grandes y gordos. Me preguntó qué quería exactamente y se sorprendió mucho de mi decisión.

—Es extraño que una persona como tú, que nunca ha demostrado mucho interés en temas políticos y sociales, haya decidido irse a España. A mí ya me gustaría hacer algo así, pero temo las consecuencias. Eres consciente de lo que haces, ¿verdad? ¿No será esto un intento encubierto de suicidio?

—No, Zeus. Sé perfectamente lo que quiero y lo que hago. No hay ningún problema. La cuestión es que quieras facilitarme ese documento. Tú tienes contactos en París con organizaciones estudiantiles, ¿no es así?

—Aquí tienes una nota en la que certifico que eres un antifascista (qué término tan raro, pensé) y que no eres miembro de ningún partido político o asociación. La he escrito en francés. Además te traigo una carta para uno de los funcionarios de la legación española en París. Ese tipo acaba de llegar después del

los tesoros de medina sidonia_AF_300114.pdf 51 4/02/2014 10:41:07

cambio. Lo conozco bien, le traté durante un par de semanas en Lausanne cuando estudiábamos ambos un curso de sociología. Él podrá facilitarte todo tipo de información. No sientas vergüenza si en el último momento te echas atrás. Regresa, porque si no serás una carga para la gente de ahí. *Good luck*, tío.

Hacia las once partí de La Haya con destino a París. Cuando me subí al tren sentí como si me apeara de mi propia existencia natural, como si abandonara la limitada realidad cotidiana y me trasladara a otro mundo donde cualquier cosa era posible. Me dije: «Mira, ahí va Maarten van der Moer, en el tren D a París. Esta tarde tendría que haber asistido a la reunión de curso y buscar al profesor de refuerzo. Pero se va a Madrid. Y ahí están combatiendo. Y ahí caen bombas. *Recuerda cuán breve es mi tiempo*... Al ritmo del traqueteo del tren, en mi cabeza sonaba continuamente el verso: *nous aurons... des divans... profonds... comme des tombeaux. Divans... tombeaux... divans... tombeaux*.

Pasada Bruselas me dormí y soñé que yacía con Concha en un ataúd de cristal. Una multitud de gente, entre la que se encontraba mi familia, lanzaba piedras a la tapa, pero esta no se rompía. Mi «tío» estaba muy cerca y me señalaba con su bastón diciendo: «Ese joven carece de perspectivas. Es un tombolista».

Justo antes de llegar a París me desperté. La palabra «tombolista» resonaba aún claramente en mis oídos. ¿Qué era un tombolista? ¿*Tombeau* o tómbola? ¿O tendría que ver con los dos? ¿El juego con la vida y la muerte? Lo cierto es que no tenía la sensación de estar jugando conmigo mismo ni con la muerte. Mi estado de ánimo era de calma y serenidad. Como si una fuerza mayor me condujera hacia un destino que ignoraba y que no lograba representarme.

—Chófer, Rue de Monsigny, *près de l´Opéra*.

los tesoros de medina sidonia_AF_300114.pdf 52 4/02/2014 10:41:08